

**Alfredo González Ruibal
y Xurxo Ayán Vila**

Arqueología

**Una introducción al estudio
de la materialidad del pasado**

Alianza Editorial

Primera edición: 2018
Primera reimpresión: 2022

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alfredo González Ruibal y Xurxo Ayán Vila, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid



ISBN: 978-84-9181-235-7
Depósito legal: M. 19.182-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL,
ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Prefacio	11
----------------	----

PARTE I PENSAR EL PASADO

1. ¿Qué es la arqueología?	15
1. Arqueologías prehistóricas	16
2. Arqueologías históricas	19
3. Arqueología contemporánea	24
4. Arqueologías multitemporales	25
5. Etnoarqueología y arqueología experimental	27
6. Arqueología de gestión	30
7. Arqueometría	33
Bibliografía recomendada	34
2. De anticuarios a arqueólogos: los orígenes de la disciplina	35
1. Anticuarios	35
2. La primera arqueología científica	40
3. La arqueología histórico-cultural	44
Bibliografía recomendada	50
3. El surgimiento de la teoría arqueológica	51
1. Entre la arqueología histórico-cultural y la primera arqueología teórica	52
2. La Nueva Arqueología	54

3. Menos cientifismo, más preguntas: la arqueología posprocesual	58
4. Teorías críticas	61
5. Volver a las cosas mismas: arqueologías neomaterialistas	65
Bibliografía recomendada	68

PARTE II
ENCONTRAR EL PASADO

1. La formación del registro arqueológico	73
1. ¿Qué es el registro arqueológico?	73
2. Procesos de formación del registro arqueológico	76
Bibliografía recomendada	85
2. Arqueología en superficie	87
1. Teledetección	88
2. Prospección de superficie	98
3. Métodos geofísicos	105
Bibliografía recomendada	110
3. Arqueología en profundidad: la excavación arqueológica	111
1. Los comienzos de la excavación sistemática	112
2. El método Wheeler-Kenyon	115
3. La excavación en área	122
4. Otras estrategias de excavación	126
5. La estratigrafía y el registro estratigráfico	132
6. La documentación de la excavación	140
Bibliografía recomendada	145
4. El tiempo y la arqueología	147
1. Las inferencias cronológicas en arqueología	151
2. Objetos con fecha	155
3. Las palabras y las cosas	158
4. La ciencia de datar	161
4.1. Dendrocronología	161
4.2. Carbono-14	164
4.3. Luminiscencia	172
4.4. La datación de los yacimientos paleolíticos	175
4.5. Otras técnicas	180
Bibliografía recomendada	181

PARTE III
CONOCER EL PASADO

1. Paisajes	187
1. Del espacio al paisaje: conceptos	188
2. Métodos de análisis del paisaje	192

2.1. Geoarqueología	193
2.2. Sistemas de Información Geográfica	195
2.3. Fenomenología	198
3. Paisajes económicos, políticos, sagrados	201
Bibliografía recomendada	205
2. Arquitecturas	207
1. La organización del espacio doméstico	208
2. Análisis arquitectónico	213
3. Casas y sociedades	219
Bibliografía recomendada	222
3. Cuerpos	225
1. Cuerpos como cultura material	226
2. Comer y beber	231
3. Enfermedades, epidemias y prácticas médicas	242
Bibliografía recomendada	251
4. Labores y trabajos	253
1. Trabajos: producir cultura material	254
2. Labores: actividades de mantenimiento	266
Bibliografía recomendada	277
5. Movilidades	279
1. Migraciones y movimientos de gente	280
2. Comercio	290
3. Colonizaciones	301
Bibliografía recomendada	305
6. Poderes y contrapoderes	307
1. La materialidad del poder	310
2. La materialidad de la igualdad	318
3. Arqueologías de la resistencia	322
Bibliografía recomendada	331
7. Identidades	333
1. Etnicidad	334
2. Clase	341
3. Género y sexo	348
4. Subjetividad	355
Bibliografía recomendada	360
8. Conflictos	361
1. La guerra en sociedades preindustriales	361
2. Arqueología de los conflictos modernos	374
Bibliografía recomendada	383

9. Tumbas y templos	385
1. El mundo funerario	385
2. Santuarios y lugares sagrados	396
Bibliografía recomendada	409

PARTE IV
COMPARTIR EL PASADO

1. El público de la arqueología	415
1. ¿Qué es la arqueología pública?	416
2. La transformación del (y de lo) público	421
3. Formas de divulgación	427
4. La arqueología como cultura popular	433
Bibliografía recomendada	436
2. El patrimonio arqueológico	437
1. La puesta en valor del patrimonio arqueológico	439
2. La sociedad de la experiencia: la trivialización (o no) del pasado	442
Bibliografía recomendada	446
3. Comunidades que participan	449
1. Arqueologías comunitarias	450
2. Arqueologías indígenas	452
3. Otras arqueologías	456
Bibliografía recomendada	458
4. Ética y arqueología	459
1. Las responsabilidades de los arqueólogos	460
2. ¿Una ética de las cosas?	465
Bibliografía recomendada	467
5. Política y arqueología	469
1. Arqueología y nación	469
2. Arqueología y derechos humanos	474
3. Arqueología como acción política	478
Bibliografía recomendada	481
Bibliografía general	483
Índice analítico	521

Prefacio

En este libro pretendemos ofrecer una visión real y actualizada del trabajo de los arqueólogos. Es decir, una visión que vaya más allá de los aspectos puramente técnicos y describa el pasado que producen los profesionales de la arqueología a partir de los restos materiales. Para ello, iremos más allá de los procesos de recogida y análisis de datos y exploraremos los principales temas de estudio de la disciplina, tanto los más recientes (movilidad, conflicto) como los clásicos (actividades de producción y mantenimiento, mundo funerario). No es que no nos interesen las técnicas arqueométricas —de hecho, estarán muy presentes a lo largo de la obra—, lo que sucede es que, al contrario que en otros libros introductorios, no será la arqueometría la que guíe el discurso, sino, sobre todo, los temas de investigación. No son los isótopos de estroncio los que nos interesan, porque no somos químicos, sino la movilidad en las poblaciones del pasado, y el carbono-14 es fundamental, por supuesto, pero lo es aún más si lo entendemos dentro del debate sobre el tiempo y la temporalidad en arqueología. No nos detendremos, por lo tanto, a explicar los principios físico-químicos detrás de cada una de las técnicas. Para eso remitimos a la abundante bibliografía existente.

El libro es un poco diferente también en otros aspectos: en primer lugar, incluiremos la teoría al principio, porque ningún arqueólogo comienza una investigación sin tener un marco conceptual en la cabeza. No tiene sentido que la reflexión sobre el carácter de la disciplina, sus objetivos, su relación con el tiempo y la materialidad, se deje para el final (en el mejor de los ca-

sos). Nuestra intención, sin embargo, es hacer la teoría perfectamente accesible a todo el mundo. Como la física y la química, la filosofía la dejamos para el lector interesado, que podrá encontrar referencias suficientes en la lista bibliográfica. En segundo lugar, la arqueología actualmente no se entiende sin su dimensión pública. Sea por sus implicaciones políticas (arqueología de los derechos humanos, arqueologías indígenas), sea por los debates éticos en que se ve involucrada o por su vinculación al patrimonio, se trata de una ciencia eminentemente pública. Es esperable que la mayor parte de los estudiantes que finalmente acaben trabajando en algo relacionado con la disciplina lo hagan en el sector de la divulgación y el patrimonio (museos, escuelas, institutos, empresas de arqueología). Consideramos, por lo tanto, que el apartado dedicado a la relación entre arqueología y sociedad debe ser extenso y exhaustivo.

El libro se divide en cuatro grandes partes que abordarán cuestiones de tipo teórico (parte I), técnicas de recuperación de datos, documentación y datación (parte II), temas de investigación (parte III) y aspectos sociales de la arqueología (parte IV).

Los autores queremos agradecer a todos los colegas que han proporcionado imágenes y casos de estudio para ilustrar este libro: Rebeca Blanco Rotea, María Cruz Berrocal, Ana Delgado Hervás, Víctor Manuel Fernández Martínez, João Fonte, Manuel Antonio Franco Fernández, Jaume García Roselló, David Kobiálka, Carlos Marín Suárez, Jorge Morín de Pablos, Rafael Rodríguez Martínez, Thora Pétursdóttir, Pedro Rodríguez Simón, Ignacio de la Torre Sainz, Carlos Tejerizo, Miguel Ángel Vidal Lojo, Mikel Astoreka Jauregui, Felipe Criado Boado, Francisco Etxeberria Gabilondo, Pilar Fatás Monforte, Sonia García Rodríguez, Fernanda Kalazich, Ricard Martínez, Carlos Nieto, José María Señorán y Arturo Torres.

Parte I
Pensar el pasado

1. ¿Qué es la arqueología?

A los autores de este libro más de una vez nos han dicho: «Lo que vosotros hacéis no es arqueología». Normalmente este tipo de afirmaciones suelen venir de colegas que consideran que la disciplina se acaba con los romanos o los visigodos. Igual estirando un poco puede llegar a la Baja Edad Media. Pero ya. Esta visión cronológicamente estrecha, sin embargo, cada vez tiene menos adeptos. La arqueología, según la definición académica más habitual, es el estudio de las sociedades humanas a través de sus restos materiales. También se puede decir que es el estudio del pasado humano a través de los restos materiales. En ninguna de las definiciones disponibles actualmente se explicita que el pasado tenga que ser remoto o los restos materiales muy antiguos. Así, en la página de la Society for American Archaeology (SAA), el mayor colectivo profesional de arqueólogos del mundo, se nos informa de que la disciplina estudia «desde los restos fosilizados de hace millones de años de nuestros ancestros humanos más antiguos en África hasta los edificios del siglo xx en Nueva York». El objetivo es el mismo en cualquier caso: «alcanzar una comprensión más amplia de la cultura humana»¹.

Para algunos investigadores, como Bjørnar Olsen y colegas (2012), la arqueología es ante todo la «disciplina de las cosas», la ciencia que estudia la materialidad independientemente del lugar y del tiempo. Y de hecho te-

¹ <http://www.saa.org/Default.aspx?TabId=1346>.

nemos arqueólogos que estudian la vida de la gente sin techo en Bristol e Indianápolis, que documentan las prácticas cazadoras de los hadza en las sabanas de Tanzania, que trabajan con la administración para diseñar estrategias de señalización para el futuro de los desechos nucleares, que excavan basureros actuales, que exhuman restos humanos de la guerra de Bosnia (1992-1995) o que trabajan con geólogos y biólogos para definir el Antropoceno —la última era geológica, que comenzó hace 200, 100 o 60 años (según teorías)—. También, por supuesto, hay arqueólogos que excavan sitios ocupados por homínidos pleistocénicos o exploran tumbas faraónicas.

Pero el campo de la arqueología se ha ampliado enormemente y ha ido mucho más allá no solo de lo que se consideraba arqueología hace 40 años, sino de lo que todavía se enseña en muchas facultades universitarias. El objetivo de este libro es, por lo tanto, ofrecer una visión actualizada de todo lo que es la arqueología: ciencia de las cosas o de los restos materiales, esencialmente transdisciplinar y sin límite temporal. Si la ampliación cronológica por el extremo más próximo en el tiempo se ha alargado unos siglos hasta alcanzar el presente, por el otro lado también se ha extendido. Dado que la aparición de objetos fabricados por homínidos es lo que señala el comienzo de la arqueología, entonces en estos momentos podríamos estar hablando de 3,3 millones de años, que es la fecha de los artefactos líticos de Lomekwi en Kenia (Harmand *et al.*, 2015) —hasta hace poco las primeras piedras talladas se databan en 2,6 millones de años—. Trataremos aquí de ofrecer una visión de la disciplina sin límites temporales, pero también de las muchas prácticas que llevan a cabo los arqueólogos. Frente a la imagen del excavador o a la más reciente del investigador de bata blanca que trabaja con un microscopio, la realidad es mucho más variada (y emocionante), porque la arqueología colabora a lo largo de todo el espectro del conocimiento, desde la física hasta el arte conceptual.

Este primer capítulo tiene tres partes. En la primera pasaremos revista a alguna de las diversas prácticas arqueológicas que existen en la actualidad. En la segunda ofreceremos una visión sintética de la historia de la arqueología, desde sus orígenes hasta mediados del siglo xx. En la tercera abordaremos las teorías que han utilizado los arqueólogos desde los años 60 del siglo xx para comprender el pasado. Este es un apartado fundamental, porque las premisas teóricas de las que parten los investigadores son las que explican el uso de determinados métodos, las preguntas que se hacen y cómo escriben sobre el pasado (remoto o reciente).

1. Arqueologías prehistóricas

Para muchos, arqueología es ante todo arqueología prehistórica. Y esta identificación tiene mucho sentido. Uno puede estudiar a los romanos, el Japón feudal o el siglo xix a partir de textos producidos en la época. Pero

para la Prehistoria solo contamos con restos materiales. La arqueología, en colaboración con otras ciencias (como la zoología o la geología), es la única que puede construir un relato sobre aquellas comunidades que además de no escribir, no tenían a ningún vecino alfabetizado cerca para que las describiera. La ausencia de fuentes escritas u orales no ha sido un problema en el desarrollo de la investigación de la Prehistoria, sino más bien una ventaja. Como la necesidad agudiza el ingenio, las arqueologías prehistóricas han sido durante mucho tiempo las que han marcado las directrices teóricas y las que han realizado los mayores avances metodológicos. Por un lado, en períodos previos a la aparición de la escritura uno se ve obligado a extraer toda la información posible de los restos más nimios, ya que no tiene otra fuente de conocimiento. Por otro lado, mientras la arqueología griega y romana se vio desde sus inicios subsumida en una potente tradición de estudios clásicos, que marcaron las líneas a seguir y las interpretaciones posibles, la arqueología prehistórica pudo desarrollar sus propios fundamentos con considerable libertad. Los prehistoriadores, además, se enfrentaron a un problema único, que los acercó a las ciencias naturales y los alejó de las humanidades: el tiempo. El tiempo de la Prehistoria es único porque sobrepasa cualquier marco establecido por la tradición y las religiones. Los arqueólogos que trabajan en el período clásico o en el Egipto faraónico pudieron ceñirse desde el inicio sin problemas demasiado graves a la cronología bíblica. Pero los que se enfrentaron a períodos no cubiertos ni por las fuentes clásicas ni por la Biblia se adentraron en *terra ignota*. Tanto es así que durante mucho tiempo no hubo forma de comprender adecuadamente la Prehistoria, como veremos.

El inicio de la Prehistoria no es tan obvio como podría parecer. En principio, la arqueología comienza su labor en cuanto hay homínidos que fabrican objetos (fig. 1), pero el origen de los útiles tallados se ha ido retro trayendo en el tiempo. La fecha más comúnmente aceptada (y por lo tanto también para el inicio de la arqueología prehistórica), se sitúa en 2,6 millones de años, que es la fecha incontrovertida de los materiales líticos modificados intencionalmente de Gona (Etiopía) (Semaw, 1997). Más recientemente se ha propuesto que las piedras de Lomekwi en Kenia, a las que ya nos hemos referido, se pueden datar 700.000 años antes (Harmand, 2015). Pero en el momento de escribir estas páginas el debate todavía no está cerrado. Lo que sí parece claro es que la arqueología prehistórica comienza en la transición de las eras geológicas del Plioceno y el Pleistoceno. Cuando acaba es otra cuestión. En el caso de la Península Ibérica está más o menos claro: las últimas comunidades indígenas caen bajo el poder romano en el 19 a.C., así que el cambio de era es el momento en el que termina la Prehistoria. En otras zonas, como veremos en el siguiente apartado, la cuestión resulta mucho menos evidente.

En general, se entiende que los prehistoriadores trabajan con sociedades ágrafas y preestatales o a lo sumo con estados arcaicos o protoestados.



Figura 1 Arqueología prehistórica: excavaciones en HWK EE, un yacimiento Olduvayense de 1,7 millones de años en la Garganta de Olduvai, Tanzania. Fotografía de Ignacio de la Torre.

Dentro de la arqueología prehistórica, sin embargo, existe una gran variabilidad. En general, la gran divisoria se encuentra entre el Paleolítico y el Neolítico. Quienes trabajan con los primeros cazadores-recolectores tienen su propia agenda científica y métodos y técnicas propios que a veces, pero no siempre, comparten otros arqueólogos. Las cuestiones que se plantean, especialmente aquellos que trabajan con homínidos anteriores al *Homo sapiens*, están más cerca de las ciencias naturales que de las humanidades y las ciencias sociales. Y de hecho los paleolitistas son quienes colaboran más estrechamente con científicos naturales. Es curioso que en España la arqueología se identifique estrechamente con Atapuerca, el yacimiento burgalés en el que se encuentran restos de homínidos de hasta un millón de años. El amplio equipo multidisciplinar que lleva a cabo las investigaciones cuenta con expertos en genómica, antropología física, geólogos, palinólogos y muchos otros especialistas, entre los cuales los arqueólogos son solo un colectivo más y probablemente no el más importante. De hecho, la tría de directores incluye dos biólogos (Juan Luis Arsuaga y José María Bermúdez de Castro) y un arqueólogo (Eudald Carbonell). Propiamente ha-

blando, de hecho, antes del *Homo sapiens* podríamos hablar de estudios de evolución humana más que de arqueología.

Porque de hecho los prehistoriadores que estudian períodos más recientes se plantean otro tipo de cuestiones bien distintas que los que analizan los restos de *Homo antecessor* o *erectus*. Por ejemplo, cómo surgen las desigualdades sociales, el efecto de los seres humanos en la transformación del medio ambiente, la aparición del patriarcado o cómo se reproduce la memoria colectiva. Hay que tener en cuenta que el Holoceno, la era geológica que sigue al Pleistoceno en el que vivieron la mayor parte de las sociedades paleolíticas, se ha caracterizado por una diversidad cultural increíble —y que realmente solo ha comenzado a menguar durante los últimos quinientos años a raíz de la expansión europea. Sociedades prehistóricas son los cazadores complejos de Anatolia, que erigieron colosales estelas decoradas con animales en Göbekli Tepe hace casi 10.000 años (Schmidt, 2010). Y también los cazadores del Asturiense, en el norte de España, que son contemporáneos y nos dejaron unos no muy espectaculares picos de piedra tallada para recolectar moluscos (Clark, 1976). Sociedades prehistóricas son también las que construyeron las enigmáticas pirámides y centros rituales de Caral en Perú entre el 3000 y el 1800 a.C. (Shady *et al.*, 2001), así como las pequeñas comunidades calcolíticas y del Bronce Antiguo de la Europa atlántica, de similar cronología, que no construyeron santuarios ni viviendas en materiales permanentes. El campo de la Prehistoria es casi infinito y nos permite adentrarnos en cuestiones profundas sobre la naturaleza de las culturas humanas.

2. Arqueologías históricas

Las arqueologías históricas incluyen algunas de las más populares: el estudio de la sociedad romana, griega, egipcia, maya o azteca son todas arqueología histórica. La atracción que ejercen se debe en buena medida a la monumentalidad de sus restos (fig. 2), pero también al hecho de que podamos decir más cosas sobre ellas, gracias a los textos escritos. El límite entre la Prehistoria y la Historia parece simple: cuando nace la escritura, comienza la Historia. En términos generales, por lo tanto, la Historia comienza (y la Prehistoria acaba) en Mesopotamia y el Valle del Nilo a finales del IV milenio a.C. Pero la realidad es mucho más compleja. Están claros los extremos, pero existen amplias zonas grises. Así, es evidente que el Paleolítico lo estudian los prehistoriadores, mientras que el Imperio Romano es plenamente histórico. Pero ¿qué pasa con los celtíberos, por ejemplo? En España, Francia y Alemania se utiliza con frecuencia el término Protohistoria para referirse al estudio de aquellas sociedades que no desarrollaron escritura (o lo hicieron solo de forma muy limitada), pero de las cuales contamos con referencias textuales proporcionadas por vecinos, colonizadores o viajeros.



Figura 2 Arqueologías históricas: termas romanas de Chaves (Aeuae Flaviae) cortadas por una muralla del siglo xvii. Esta última sería el objeto propiamente de la arqueología histórica entendida en sentido anglosajón (arqueología de la era moderna). Fotografía de Alfredo González Ruibal.

Esas fuentes a veces nos proporcionan el nombre de los grupos y alguna información sobre sus costumbres. El término Protohistoria, sin embargo, tiene una aplicación muy reducida. Nadie habla de arqueología protohistórica para referirse a las comunidades africanas de las que tenemos conocimiento a través de los textos portugueses de los siglos xv o xvi, por ejemplo. Es un término sobre todo de uso europeo.

Por otro lado, la utilidad de la escritura como fuente de conocimiento sobre el pasado varía enormemente (Andrén, 1998). En China, por ejemplo, existen textos rituales de finales del II milenio a.C. Se trata de unos huesos oraculares en los que aparecen pictogramas que son los ancestros de la actual escritura china. Pero como todo lo que transmiten son nombres de reyes y prácticas adivinatorias, nos permiten decir muy poco sobre la sociedad de la Edad del Bronce que los fabricó (Keightley, 1985). La arqueología es infinitamente más elocuente como fuente en este caso. En la Península Ibérica sucede algo parecido: los tartessos, los ibéricos y los celtíberos usaron escritura, pero resulta inviable escribir historia con los epígrafes disponibles. Por otro lado, en muchas partes del mundo la división entre socieda-

des prehistóricas e históricas no está nada clara. En India y en el sudeste de Asia, sociedades con y sin escritura han convivido durante milenios: en India, por ejemplo, que es la cuna de algunas de las civilizaciones más antiguas del planeta, nunca han dejado de existir cazadores-recolectores, que viven en simbiosis con los habitantes de las ciudades o con los campesinos en las áreas rurales. ¿Significa esto que los cazadores son prehistóricos (o protohistóricos) y los campesinos históricos? Por otro lado, en África ha sido posible reconstruir con cierta precisión la historia de sociedades sin escritura que existieron cientos de años antes de que llegaran los primeros viajeros europeos, gracias a las fuentes orales (Vansina, 1990).

La divisoria entre Prehistoria y arqueología histórica, además, ha sido sometida a una intensa crítica en tiempos recientes dentro de lo que se denomina teoría poscolonial, que veremos más adelante (Schmidt y Mrozowski, 2013). Desde este punto de vista, el concepto de Prehistoria es inherentemente imperialista y eurocéntrico. En Europa no nos damos cuenta, porque no tiene mayor consecuencia política, pero cuando se ha aplicado fuera de nuestro continente (en África o Australia), ha servido para justificar la inferioridad de otros pueblos, su colonización e incluso su exterminio. Esto es así porque en la mayor parte de Europa las culturas ágrafas desaparecieron entre la época romana y la Edad Media (con la excepción del norte de Escandinavia), pero en muchas otras regiones del mundo han continuado existiendo hasta ahora mismo. ¿Significa, por lo tanto, que son prehistóricas (o protohistóricas)? Y si es así, ¿significa eso que se encuentran en un estadio inferior a los «civilizados» y que deben desarrollarse para alcanzar nuestro nivel cultural? Desgraciadamente, en algunos países todavía predomina esa idea: hay que ayudar a los supuestos «prehistóricos» para que entren en la Historia. Y para eso se les prohíbe practicar sus tradiciones, se les reasienta contra su voluntad o se transforman sus actividades de subsistencia.

Una posibilidad para evitar los complicados términos de Prehistoria e Historia es hablar de sociedades con y sin Estado. La aparición del Estado es uno de los fenómenos decisivos en la evolución de las sociedades humanas. De hecho, la escritura, al igual que la aparición de ciudades, se encuentra asociada en casi todos los casos conocidos a la emergencia de sociedades organizadas estatalmente. Si buscamos un denominador común a todos los grupos con escritura que estudian tradicionalmente los arqueólogos (los mayas, los aztecas, los romanos, los sumerios, la Europa medieval, el mundo islámico), el Estado es uno de los mejores candidatos. El problema es que también hay sociedades con Estado pero sin escritura propiamente dicha. Los incas, por ejemplo, tenían un complejo sistema gráfico de contabilidad, los khipus (unas cuerdas de lana en las que se hacían nudos), pero nada parecido a un alfabeto, silabario o pictogramas, aunque una teoría reciente asegura que se trata de un sistema logosilábico con capacidad de

transmitir narrativas (Hyland, 2017). El Imperio de Benín, como muchos otros reinos del oeste de África (Connah, 2015), tampoco desarrolló ningún sistema de escritura. Sin embargo, el Imperio Inca y el de Benín son mucho más parecidos a los romanos o a los acadios que a los habitantes de la cueva de Altamira o cualquier grupo de la Edad del Bronce de la Península Ibérica. Muchos arqueólogos optan por utilizar el término «civilización», con el que se refieren a sociedades tecnológicamente complejas, organizadas como estados y con fuertes diferencias sociales (Trigger, 2003; Connah, 2015).

Una complicación añadida es que existe académicamente una línea denominada «arqueología histórica» o, más bien, «historical archaeology» que no estudia precisamente a los romanos. Así es como se denomina en Norteamérica a la arqueología que tiene que ver con la expansión europea a partir del siglo xv (Orser, 2013). Tiene mucho sentido en el caso de Estados Unidos o Canadá porque la Historia, en sentido convencional (es decir, la que puede ser estudiada a partir de documentos escritos), comienza con la colonización europea. Pero no tiene mucho sentido en otras partes del mundo, donde, como acabamos de ver, la escritura comienza mucho antes y en distintos momentos. Sin embargo, el peso de la academia norteamericana ha hecho que el concepto se haya extendido a expensas de otras denominaciones quizá más ajustadas. Así, en Latinoamérica se utiliza el término arqueología histórica, pese a que existen sociedades con escritura desde varios siglos antes de la llegada de los conquistadores europeos. En África también comienza a utilizarse para referirse al estudio de los últimos quinientos años (Reid y Lane, 2004), aunque tenemos referencias escritas de viajeros desde la Antigüedad. Lo mismo sucede en Asia (Cruz y Tsang, 2017) (fig. 3). En Europa, en cambio, el término más habitual hasta hace poco era arqueología posmedieval, que sigue utilizándose (existe una revista denominada *Postmedieval Archaeology* en el Reino Unido y una *Archeologia Postmedievale* en Italia). Tampoco es que sea muy apropiado, pues hace depender toda la arqueología posterior al siglo xv de la Edad Media. ¿Nos define bien decir que somos, como sociedad, posmedievales?

Charles Orser (2013) especifica en el título de su obra de síntesis que se trata de una arqueología histórica «del mundo moderno». Y de hecho, lo que más claramente representa el período comprendido durante los últimos quinientos años es la modernidad y sus efectos (el capitalismo y el colonialismo europeo). No obstante, el término «arqueología de la modernidad», aunque sería más preciso, no está muy extendido por falta de tradición académica. También porque muchos consideran que la arqueología histórica no debe estudiar solo la modernidad, porque entienden que ello es una visión restrictiva y eurocéntrica del pasado reciente. Sin dejar el marco de los últimos quinientos años, existen sociedades que no son modernas y que sin embargo conocemos a raíz de la expansión europea, por ejemplo, la gran mayoría de las sociedades del África atlántica y de Norteamérica.



Figura 3 La arqueología histórica no siempre trabaja con restos monumentales. Excavaciones bajo un aparcamiento en Taiwán: a la derecha se ve parte de un almacén o casa del período Qing (1644-1912) que arrasó niveles prehistóricos. La casa estaba rellena con basura del siglo xx. A la izquierda se observa una superposición de estructuras prehistóricas cortadas por zanjas excavadas durante la ocupación japonesa (1895-1945). Fotografía de María Cruz Berrocal.

Y otras sociedades que son históricas en el sentido que comentábamos arriba: sabemos cómo se llamaban sus reyes, sus dioses, cuáles eran sus rituales, etcétera, y no disponemos de un solo documento escrito sobre ellas. Pero contamos con una rica tradición oral. Ya hemos mencionado el caso de África, pero sucede lo mismo en otras partes del mundo, como en Polinesia. En todo caso, y a pesar de estas visiones discrepantes, el concepto de arqueología histórica se ha generalizado en las últimas dos décadas para referirse a la arqueología posterior al siglo xv, una época en la cual la modernidad y el capitalismo tienen un peso enorme más allá del territorio europeo, pues afectan tanto a los pastores khoikhoi de Sudáfrica (Schrire, 1988) como a los balleneros vascos en Canadá (Azkárate *et al.*, 2016).

La arqueología histórica definida de esta manera tiene una gran importancia en Estados Unidos, donde los investigadores han analizado plantaciones de esclavos, barrios obreros del siglo xix, ciudades y fuertes coloniales, la expansión de los colonos hacia el oeste o las misiones españolas del siglo xviii en California, entre muchos otros temas. En España se ha practicado mucha arqueología de la época moderna, pero muy raramente en de-

partamentos de arqueología universitarios, que están dominados mayoritariamente por especialistas en Prehistoria y la época romana. El estudio del período reciente ha recaído con mucha frecuencia en arqueólogos de gestión, que han documentado o excavado restos recientes en el marco de proyectos de impacto cultural (sobre los que hablaremos más adelante). Así, los monumentales restos del Madrid de los Austrias que aparecieron en la plaza de Oriente los excavaron arqueólogos en el marco de un proyecto de urgencias, antes de que fueran destruidos para construir un aparcamiento. Y en Barcelona, los restos del barrio del Born, arrasado por las tropas de Felipe V en 1714, también fueron objeto de excavaciones arqueológicas en el marco de un proyecto de gestión patrimonial. En este caso, los restos han sido conservados y expuestos al público. Pero lo que coincide en ambos contextos es que no se trató de iniciativas de investigación académica. El campo de la arqueología histórica, posmedieval o moderna tiene un extraordinario futuro en la Península Ibérica. Al fin y al cabo, fue aquí donde comenzó la expansión colonial que marcaría la historia global a partir del siglo xv —y, por lo tanto, el inicio de la «arqueología histórica» fuera de Europa.

3. Arqueología contemporánea

Desde los años 90 se viene desarrollando una arqueología de tiempos aún más recientes y que se suele conocer como arqueología contemporánea o del pasado contemporáneo. Esta línea de investigación se centra en los siglos xx y xxi, que suelen quedar fuera de la arqueología histórica o posmedieval por considerarse demasiado recientes (Harrison y Breithoff, 2017). Los objetivos de esta arqueología son diversos: puede ser la caracterización arqueológica de la era contemporánea (González Ruibal, 2008) o la intervención creativa en la materialidad del tiempo presente (Harrison, 2011), entre otras cosas. La historia de la arqueología contemporánea, pese a lo corta que es, resulta considerablemente enrevesada: su origen se encuentra en el trabajo de una serie de investigadores americanos que decidieron estudiar su propia sociedad con visión arqueológica en los años 70 (Gould y Schiffer, 1981). De hecho, el primer nombre de esta subdisciplina fue el de «arqueología de nosotros mismos» (*Archaeology of Us*). La iniciativa más exitosa fue el Proyecto de la Basura, desarrollado por William Rathje entre mediados de los 70 e inicios de los 90 (Rathje y Murphy, 1992). Lo que hizo Rathje fue estudiar el contenido de los cubos de basura de la gente y excavar varios vertederos. Aunque no suena muy atractivo, lo cierto es que tuvo un increíble impacto más allá de la academia. Gracias a estas investigaciones se descubrió que muchas de las asunciones sobre los patrones de consumo de los estadounidenses, basados en entrevistas, estaban radicalmente sesga-

das. Por ejemplo, la gente siempre decía que comía más verduras y menos carne de lo que realmente consumía. El cubo de la basura, en cambio, no engaña. También se descubrió que muchos materiales que se consideraban biodegradables no lo eran tanto: Rathje y su equipo encontraron periódicos perfectamente legibles con treinta años de antigüedad en el fondo de los vertederos. Las conclusiones del Proyecto de la Basura llevaron a modificar incluso el diseño de los basureros para facilitar la degradación del desecho.

Sin embargo, esta arqueología estaba muy vinculada a sus principales proponentes y acabó convertida en algo marginal dentro de la academia. La subdisciplina volvería a nacer a principios del siglo XXI, esta vez ya con la denominación que más se ha popularizado (arqueología del pasado contemporáneo). Es un libro publicado por Victor Buchli y Gavin Lucas (2001) el que dio inicio a esta nueva etapa. Este tipo de arqueología ha ampliado muchísimo sus horizontes (y los de la disciplina en general) y aborda desde el estudio de los búnkeres de la Guerra Fría a los zoos, pasando por los parques de atracciones, las personas sin hogar y los clubs de música tecno de Berlín, entre otras muchas cosas (Graves-Brown *et al.*, 2013; Harrison y Breithoff, 2017). A través de su colaboración en la investigación de crímenes de lesa humanidad, la arqueología contemporánea está ganando una creciente importancia, tanto dentro de la academia como fuera de ella. También gracias a la gestión de patrimonios conflictivos, como los relacionados con el Holocausto (Colls, 2015). Recientemente la arqueología ha comenzado a intervenir además en debates sobre el Antropoceno, la actual era geológica, marcada decisivamente por la intervención de los seres humanos. El arqueólogo Matt Edgeworth (2014), por ejemplo, estudia las estratigrafías recientes, caracterizadas por la aparición de plástico y cemento, entre otros materiales, para ayudar a los geólogos a definir el origen de la era. Más allá de su marco temporal, los debates teóricos que tienen lugar en su seno replantean cuestiones importantes, como la temporalidad, la noción de desecho o las implicaciones éticas de la arqueología. Por otro lado, como la arqueología contemporánea no está tan sometida a los límites académicos como el resto de la disciplina, muchos investigadores realizan prácticas experimentales e innovadoras, en ocasiones con la colaboración de artistas y otros creadores (fig. 4).

4. Arqueologías multitemporales

Hasta ahora hemos trazado un panorama de la arqueología basado en períodos. De hecho, si uno le pregunta a un arqueólogo qué investiga, lo más probable es que defina su trabajo de forma cronológica y temporal (por ejemplo, la Edad del Bronce en el sudeste peninsular). Sin embargo, hay muchos arqueólogos que no ciñen su investigación a una determinada época.